

de la cuestión palpitante, que se ve siempre con entusiasmo cualquier obra que se refiera á ella y quizás en muchos casos es la única causa del éxito.

De todas maneras, en el caso concreto de *Teresa*, tanto la crítica madrileña como la de Barcelona, se han apresurado al juzgar por una sola representación, una obra de un autor tan discutido y tan discutible.

A la hora en que escribimos estas líneas un numeroso grupo de entusiastas de Clarín dirigen á María Guerrero una carta en que se pide la *reprise* del drama *Teresa*. Si la eminente actriz accede, como es de creer; á los deseos de los firmantes de la carta, habrá ocasión de juzgar la obra con más calma, y esperamos que los hechos vendrán á confirmar nuestra opinión. Resultará siempre exajerado el fracaso de Madrid; pero los entusiastas de Barcelona se convencerán de que se dejaron llevar por las tendencias que la obra revela y de que ésta juzgada en si misma, como producción dramática, queda algo por debajo del éxito del primer día.

*Fas.*

---

## Páginas extranjeras.

---

### EL ESPECTRO DEL NOVIO

---

*(Continuación.)*

No se hallaba el barón menos ocupado en los preparativos. En realidad de verdad, nada tenía que hacer. Pero era el barón, aunque pequeño, colérico é inquieto, y no sabía estarse con los brazos cruzados cuando todos los de la casa se movían. Iba todo atareado desde la cima hasta el piso bajo del castillo con ansiedad infinita. Excitaba continuamente á sus criados

para que fueran diligentes en el trabajo, é iba zumbando por todas las habitaciones tan necia, inútil é inoportunamente como un moscardón en un caluroso día de verano.

En el mismo tiempo habían sido muertas las gordas terneras; en el bosque resonaba la vocinglería de los monteros; la cocina estaba atestada de viandas; las bodegas habían sido llenadas con vino del Rin y Le Ferne, y con buena parte del de Heidelberg.

Todo hallábase dispuesto para recibir al distinguido huésped con francachela y gaudeamus, en el verdadero espíritu de la hospitalidad germana. Una hora seguía á otra hora. El sol que hasta entonces había lanzado sus melancólicos rayos sobre el poderoso bosque del Odenwald, ahora los hacía brillar en las cumbres de las montañas. El barón subido á la más alta torre aguzaba la vista esperando descubrir á lo lejos al conde y á sus acompañantes. Por un momento creyó que llegaban los que eran esperados. El sonido de los cuernos vino flotando de los valles, y fué repetido por el eco de las montañas. Vióse á distancia y por debajo á jinetes que pausadamente cabalgaban á lo largo del camino. Pero en cuanto se hallaron al pie de la montaña, de repente tomaron dirección diferente. Desaparecían los últimos rayos del sol, y los murciélagos empezaron á volar por entre el crepúsculo.

Mientras en el viejo castillo de Landshort se hallaban en este estado de perplejidad, una interesante escena sucedía en la otra parte del Odenwald.

Iba el joven conde von Altenburg muy tranquilo siguiendo su viaje, despacio y meciéndose en el trote de su caballo; con el anhelo propio del que viaja para un acto como el del matrimonio. Había encontrado en Wurtzburg á un joven camarada, con el cual había prestado servicio en la frontera: Herenan von Starkesifaut, una de las más duras manos y uno de los más nobles corazones de la caballería alemana, que retornaba ahora de la armada. Su castillo paterno no era muy distante de la vieja fortaleza de Landshort, pero un feudo hereditario había hecho que ambas familias se trataran con